

Vicios

Prometemos erradicarlos a cada poco: a cada año que comienza o cada nuevo cumpleaños, cada vez que un chequeo nos asusta. Algunos son comunes, vicios que se esconden bajo el nombre más dulce y máspreciado de placeres: el tabaco, contra el que claman las personas que han ofrendado su voz en el altar del cáncer de garganta, o el alcohol bien saboreado, enmascarado en licores ambarinos y tintos ancianos. Los dulces y la comida excesiva, prohibida por el culto al cuerpo artificialmente joven y esbelto.

Los propósitos de Año Nuevo nos convertirán en otras personas, mejores, con mayor control sobre nuestros actos y nuestra voluntad, disciplinadas figuritas, soldaditos de plomo de un ejército cada vez más uniforme. Y cada año desertamos.

Los hay que culpan al artificial paso de año, que se produce más o menos con el solsticio de invierno, en el que nada varía: el frío, la oscuridad temprana, la nieve que cubre las carreteras. Si, en cambio, nos concedieran el nuevo año en el equinoccio de primavera, las cosas quizás variarían. O quizás no, quizás el ser humano se aferra a sus hábitos como a las costumbres, al nombre, a la ideología política o a la convicción de inmortalidad.

Hay gente, sin embargo, que cada año se propone un paso más en su vicio, en su afición. No únicamente las tentaciones de la carne nos atan: las ambiciones sin fronteras amordazan e impulsan en estos días, en los que se nos ofrecen doce meses para amueblar con deseos y con esperanzas; a algunos les devora el ansia de poder. A otros, el sacrificarse un poco más para lograr un objetivo deportivo. Otros perecen intentando coronar una montaña más alta. Otros, en la nieve, o en las olas, sin que nadie, salvo los atacados por esa pasión, lo comprendan.

La sociedad no tolera que vivamos sin vicios, que nos declaremos a salvo de necesidades materiales: una persona sin aficiones supone una persona sin gastos superfluos. Sin pasiones con las que vivir, a las que entregar el tiempo, o de las que huir, a las que combatir, ¿qué sería del mundo? Sin inutilidades como el arte, el cine, la literatura, las carreras de coches, el alpinismo o las colecciones de la alta costura, sin la vanidad humana difícilmente se sostendría una civilización basada en el exceso y la ostentación: en el ocio como forma de riqueza. O, en el otro extremo, en la base de la pirámide, como muestra extrema de pobreza.

Sólo los ricos pueden permitirse vicios: ellos poseen llaves de acceso al placer. Los pobres no tienen más remedio que sucumbir al vicio, pero no se les permite el lujo del capricho. Cuando se enuncian los propósitos de Año Nuevo, se enuncian las diferencias entre deseo y realidad, entre el lujo de renunciar y la vergüenza de ceder. Al fin y al cabo, las pasiones son las hijas privilegiadas del pecado, del sufrimiento satisfecho y saciado.